

DIVORCIO

La palabra de las mujeres

CARMEN ALCALDE

CON demasiada frecuencia, las feministas nos encontramos discutiendo con los compañeros militantes de izquierdas sobre la inoportuna radicalidad de nuestra ideología —y de nuestra praxis— en unos momentos como éste, en que, según ellos, todos estamos luchando contra el único enemigo común: el fascismo en su versión moderna, es decir, el capitalismo. "Cuando el socialismo gobierne —nos dicen—, las mujeres habremos conquistado plenamente nuestros derechos". Resulta vano, y en cierto modo delirante, intentar explicarles con la Historia en la mano que ninguna sociedad socialista o democrática ha conseguido erradicar el peso de la injusticia que en razón de su sexo —o de su clase— aplasta a la mujer. Cuando no conseguimos trasladar con la palabra de la experiencia a su emotividad la verdad de que, en el fondo, todo sigue igual para las mujeres, nos vemos rápidamente conducidas en la discusión a los argumentos reformistas de que hacen bandera nuestros hombres democráticos: "El divorcio llegará inevitablemente, dentro de este año o del que viene; el aborto se va a despenalizar, quieran o no las derechas; las mujeres hoy —no podéis negarlo— acceden a la Universidad y a los trabajos más cualificados...". Y a todo esto, las feministas tenemos que decirles que sí. "Entonces: ¿qué más queréis?". A menudo, nosotras, cuya paciencia es como un crisol acunado en el paso de los siglos, intentamos recuperar desde nuestro lenguaje el argumento de que no es esa lucha la que conquistará nuestro objetivo de ser personas como ellos; que esa lucha —y por eso ellos también están en ella— es una lucha común de todos y de todas por conseguir una vida que habrá de ser más racional, y sobre todo más cómoda, para cuantos entendemos unidos que la convivencia común tiene que ser deseada y sin angustias.

En estas discusiones, tantas veces estériles, no caben nunca las estadísticas, para

ellos, trasnochadas y demagógicas, de los miles y miles de mujeres silenciadas y sufridas a quienes ni siquiera les queda el recurso de la discusión y de la catarsis. "Tengo cartas archivadas desde hace veinte años. Cartas de desesperanza, crónicas de la vida cotidiana de mujeres apaleadas, en situación perpetua de vejación, mujeres ignorantes de su sexo y de su condición, sometidas al único valor moral que existe: satisfacer sin tasa ni medida las necesidades sexuales y psicológicas del marido, cumplir con el deber de madre, man-

mujeres tengan acceso gratuito a los anovulatorios, o para poder abortar sin vergüenza? ¿Es que acaso las feministas no sabemos que estos derechos son reivindicados también por los hombres progresistas, porque es evidente que, en 1979, a ellos también les benefician?

La falacia y la hipocresía de los portavoces progresistas de la mujer de hoy tienen las mismas connotaciones que las de nuestros hombres del inicio de la época industrial, cuando se trocaron las manos femeninas de fregar los platos

episcopal sobre el divorcio; lo que tenéis que hacer es apoyarnos y suministrarnos datos para que en el Parlamento consigamos la despenalización del aborto; lo que tenéis que hacer...". Lo que tenemos que hacer es lo que quieren ellos y no nos preguntan qué es lo que de verdad queremos nosotras. Por eso se quedan lividos, y extrañados, y tan sorprendidos, cuando les manifestamos que lo que queremos, después de la Ley del Divorcio, después de la despenalización del aborto, después de que podamos entrar libremente a una farmacia pidiendo anticonceptivos, es algo mucho más hondo e imposible: conseguir el derecho a la palabra. A nuestra palabra, que nunca podrá ser la misma palabra de los hombres, ni siquiera la de nuestros queridos hombres progresistas. Tal vez lo que ellos no saben, nuestros hombres progresistas, es que las feministas consideramos una futura Ley del Divorcio, pongamos por caso, de la misma manera que consideramos antes, como una comodidad, el lavaplatos, o la lavadora automática, o la guardería, o la píldora. Que ninguna revolución socialista, ni la más definitiva, ha llegado a rozar el primer derecho de la mujer: su independencia ideológica. Su este proyecto de Ley del Divorcio, que, por cierto, según leo en la prensa del 27 de julio, ya puede haberse ido al traste gracias al malabarismo ucedista, cuente con los informes de las feministas. Esta revista, hace dos semanas, publicó un largo informe de seis organizaciones feministas y se olvidó de publicar el contrainforme elaborado por 37 organizaciones integradas en la Coordinadora Estatal de Organizaciones Feministas. Que no se olviden estas otras voces. Y que los partidos hagan de una vez por todas su primer acto de humildad y suscriban, en este aspecto, la ideología de tantas mujeres interesadas en el proyecto. Tal vez ellas sepan más sobre el tema que todos los hombres juntos, por muy comunistas o socialistas que sean. ■ Foto: RAMON RODRIGUEZ.



La falacia y la hipocresía de los portavoces progresistas de la mujer de hoy tienen las mismas connotaciones que las de nuestros hombres del inicio de la época industrial.

tener por encima de todo la cara de la normalidad conyugal...", les digo.

Ellos, cómplices de todos los verdugos masculinos, sonríen y nos siguen informando: "Pero todo esto cambiará. Todo cambiará con el advenimiento de una sociedad democrática o socialista, con la muerte del capitalismo". Y nosotras seguimos: nada, en ningún país socialista ha cambiado, en el fondo. ¿Qué mujer feminista hoy puede decir que está luchando sólo para que las mujeres vayan a la Universidad, o para que las

o de lavar la ropa por el lavaplatos y por la lavadora automática. Ahora, en este progresismo de la época, en lugar de aquellas máquinas liberadoras de la esclavitud doméstica estarán pronto a la venta las píldoras, al acceso de cualquiera las clínicas de aborto en Inglaterra o en Montpellier..., todo estará dispuesto para que la mujer siga funcionando en óptimas condiciones al servicio del hombre.

"Lo que tenéis que hacer es poneros a nuestro lado en la lucha contra el documento